



Auteuil, día de Pascua de 1864

SOBRE LA FE

El misterio de la Resurrección es un misterio de fe. Es también la fe lo que debemos pedir a Dios durante estos días de gracia y de santas alegrías, pues la fe es la necesidad más grande de nuestra alma en la vida religiosa. Hoy falta la fe en el mundo. Naturalmente hemos soportado la influencia de nuestra época y viniendo a la vida religiosa no traemos, como se traía en otros tiempos, un alma llena de las realidades de la fe, un espíritu acostumbrado a los pensamientos sobrenaturales y una voluntad gobernada. Pero esta consideración no debe desanimarnos, Dios proporciona la gracia a la necesidad.

Incluso, en el siglo en que vivimos, se encuentran almas llenas de generosidad y de amor, son almas de fe. El número de vocaciones religiosas y todas las almas que en el claustro llegan a una gran santidad son todavía prueba de que la fe no está completamente apagada entre nosotros. Nosotras hemos dejado el mundo por un acto de fe, renunciado a sus alegrías y a sus afectos para venir, bajo la mirada de sólo Dios, a vivir una vida de fe y prepararnos para la eternidad. Pero esta vida de fe, no la desarrollamos bastante en nosotras, no hacemos a la fe bastante dueña de nuestros pensamientos, de nuestros juicios: es la causa de todas las turbaciones y de todas nuestras penas en la vida religiosa.

Nuestra alma está hecha para Dios y naturalmente va hacia Él, pero encuentra obstáculos en su camino y es en estos obstáculos donde se encuentra el dolor: obstáculos del lado del cuerpo, obstáculos del lado del amor propio, obstáculos del lado de las repugnancias de la naturaleza. Estamos envueltas en obstáculos y no triunfaremos más que por la fe que nos hará desviar nuestras miradas de la tierra para volverlos hacia el cielo, por esta fe que nos hace mirar como poco todo lo que pasa y despreciar las cosas perecederas. No pensamos bastante en los grandes bienes que, por su muerte y por su resurrección, Jesucristo ha venido a traernos y por eso nosotras permanecemos cogidas y detenidas por las miserias de este mundo.

Desprendamos nuestras almas de estas ataduras y llevemos nuestras miradas hacia la Patria. Miremos todo desde el punto de vista de la eternidad y entonces muchas cosas cambiarán de nombre en nuestra vida. El sufrimiento se llamará una gracia y la humillación un beneficio. “Es bueno para mí haber sido humillado”¹.

El cristiano debe subir al Calvario, nosotras, las religiosas, todavía más; si el cristiano debe llevar su cruz, la religiosa debe abrazar la suya, y esto con un gran amor.

No es que en la vida religiosa haya más cruces que en el mundo. San Pablo nos dice lo contrario: “Yo quisiera verlos despojados de las tribulaciones de la carne”.² Él hablaba de esas turbaciones, de esas inquietudes que trastornan el alma enteramente y que aparecen con frecuencia en la vida de aquellos que se encuentran comprometidos en el mundo. Pero si esas grandes cruces nos son suprimidas, también hay

que decirlo, Dios exige de nosotras una renuncia de nosotras mismas y de las criaturas más grande y completa; al desprendimiento exterior hay que agregar un desprendimiento interior mucho más perfecto y difícil, y es ahí lo que hace sufrir, pero es ahí también lo que une el alma con Dios.

Pero ¿es qué vinimos al convento a buscar otra cosa que esa felicidad e inefable unión que, después de haber hecho nuestra felicidad en la tierra, nos hará eternamente felices en el cielo?



¹Ps. 118, 71

²I Cor. 7,32